

tra! Pero si, en vez de escucharla, nos hacemos los sor-dos; si, en vez de buscarla, huimos de ella; si, en lugar de honrarla y amarla, la despreciamos y la ofendemos, ¡cuán grande es nuestra crueldad y cuán grande será nuestro castigo ya en este mundo! Aquellos -dice el Espíritu Santo que dieron de mano a la Sabiduría, no solamente vi-nieron a desconocer la virtud, sino que dejaron a los hombres memoria de su necedad, por manera que no pu-dieron encubrir los pecados que cometieron. (Sb 10, 8.)

Quienes no ponen interés en adquirir la Sabiduría du-rante su vida, sufrirán una triple desgracia; caerán:

- 1º. en la ignorancia y ceguera;
- 2º. en la insensatez;
- 3º. en el escándalo y el pecado.

Pero ¡qué terrible es su desdicha en el momento de la muerte; cuando oyen, a pesar suyo, a la Sabiduría que les reprocha: «Estuve yo llamando, y vosotros no respondis-teis; os alargué mi mano, y ninguno se dio por entendi-do» (Pr 1, 24); os esperé sentado a vuestra puerta, y nin-guno vino a mí (Pr 1, 26). «Yo también, a mi vez, me mo-faré de vosotros; seré sordo a vuestros gritos, ciego para no ver vuestras lágrimas; no tendré corazón para conmo-verme con vuestros sollozos ni manos para socorrer vues-tra indignancia».

Mas ¡cuál no será su desdicha en el infierno! Leed lo que el Espíritu Santo ha dicho sobre los males, llantos, lamentos y desesperación de los condenados, que en el infierno, aunque demasiado tarde, reconocerán su locura y su desventura por haber despreciado la Sabiduría de Dios: «Empezarán a hablar juiciosamente, pero será en el infierno» (Sb 5. 14. 59).

73. Deseemos y busquemos únicamente la Sabiduría divina. (Pr 3, 15.); y este otro pasaje: «No se puede desear nada mejor que la Sabiduría» (Pr 8, 11). Así, pues, cualesquiera que fueren los dones y tesoros celestiales que ape-tezcáis, si no deseáis la Sabiduría, anheláis algo inferior a ella. ¡Ah, si conociéramos el valor de este tesoro infini-to de la Sabiduría hecho para el hombre -pues yo reco-nozco que es nada lo que he dicho de ella-, suspiraríamos por ella día y noche, volaríamos presurosos hasta el fin del mundo, pasaríamos gozosos por encima de las hogue-ras y caminaríamos sobre tajantes filos, si necesario fue-ra, para merecerla! Pero es preciso precaverse para no equivocarse al escoger, pues son varias las clases de Sa-biduría.

CAPITULO VII

La elección de la verdadera Sabiduría

I. Falsa sabiduría del mundo

74. Dios tiene su Sabiduría, y es la única y verdadera que debe ser amada y buscada como un gran tesoro. Pero el mundo pervertido tiene también la suya, y ésta debe ser condenada y detestada como malvada y pernicioso.

Los filósofos también tienen su sabiduría, que debe ser rechazada como inútil y con frecuencia como peligro-sa para la salvación

(Se refiere Montfort, sin duda, a la filosofía vana, a la cien-cia que hincha; no a la filosofía verdadera, que ayuda al co-nocimiento y a la explicación de la ciencia sagrada, como él mismo dice en el n. 85).

Hasta aquí hemos hablado de la Sabiduría de Dios a las almas perfectas (1Co 2, 6), como dice el Apóstol; pero, por temor de que se dejen engañar por el falso brillo de la sabiduría mundana, mostremos la impostura y malignidad de esta última.

1. La sabiduría mundana

75. De la sabiduría mundana se ha dicho: «destruiré la sabiduría de los sabios» (1 Co 1, 19), según el mundo. «la sabiduría de la carne es enemiga de Dios» (Rm 8, 7), «esta sabiduría no proviene del cielo, sino que es una sa-biduría rastrera, animal y diabólica» (St 3, 15).

La sabiduría mundana está completamente de acuer-do con las máximas y modas del mundo; es una propen-sión continua hacia la grandeza y estimación; es una bus-ca continua y secreta de la propia satisfacción e interés, pero no de un modo grosero y provocador, cometiendo algún pecado escandaloso, sino de una manera solapada, astuta y política, pues de otro modo no sería sabiduría se-gún el mundo, sino más bien libertinaje.

76. El mundo llama sabio al que sabe desenvolverse en sus negocios y sacar ventaja temporal de todo sin apa-rentar pretenderlo; al que conoce el arte de fingir y enga-ñar con astucia, sin que los demás se den cuenta; al que dice o hace una cosa y piensa otra; al que nada ignora de los gustos y cumplimientos del mundo; al que sabe adap-tarse a todos para conseguir sus propósitos, sin preocu-parse poco ni mucho de la honra y gloria de Dios; al que trata de armonizar la verdad con la mentira, el Evangelio con el mundo, la virtud con el pecado y a Jesucristo con Belial; al que desea pasar por hombre honrado, pero no por hombre piadoso; al que desprecia, interpreta torci-damente o condena con facilidad las prácticas piadosas que no se acomodan a las suyas. En fin: sabio, según el mundo, es aquel que, guiándose sólo por las luces de la razón y de los sentidos, trata únicamente de salvar las apariencias de cristiano y de hombre de bien, sin preocu-parse lo más mínimo de dar gusto a Dios y de expiar por la penitencia los pecados que ha cometido contra su divi-na Majestad.

77. La conducta de este sabio se apoya en el punto de honra, en el «qué dirán», en el vestir elegante, en la bu-ena mesa, en el interés, en las comodidades y en las diver-siones. Sobre esos siete móviles, que él considera ino-centes, se apoya para llevar una vida tranquila.

Posee virtudes especiales por las cuales le canonizan los mundanos; tales son el valor, la finura, la buena crianza, la habilidad, la galantería, la urbanidad y la jo-vialidad, Mira como pecados considerables la insensibili-dad, la necedad, la rusticidad, la santurronería.

78. El sabio según el mundo sigue con cuanta fide-li-dad puede los mandamientos que el mundo ha compues-to: